

¿Dedicación o declive?

P. W.

biblicom.org

Todo verdadero siervo de Cristo y todo el que ama el pueblo de Dios debe sentir fuertemente la aparente falta de plena y verdadera devoción a Cristo entre aquellos que profesan su nombre en nuestros días. Es lamentable que el aumento de la luz y el conocimiento de las Escrituras no haya producido la devoción esperada a Cristo y la separación de este mundo. A menudo se ha notado que las personas menos iluminadas son más devotas. Muchos dicen «¡Señor! ¡Señor!», ¡pero no hacen lo que él les pide!

Esto es cierto no solo de la vasta profesión que lleva el nombre de Cristo y que eventualmente será vomitada de su boca por serle infiel, sino también de aquellos que han tenido el privilegio de tener una mayor luz. Como dijo Pablo, «todos buscan sus propios intereses, no los de Cristo Jesús» (Fil. 2:21); de ahí la gran falta de abnegación por él. Si falta la dedicación al Señor, no puede haber verdadera fidelidad y testimonio inflexible por él en este mundo donde él ha sido, y sigue siendo, rechazado.

El gran secreto de la devoción completa a Cristo es conocer su amor, disfrutarlo, y así estar absorto solo por él. Es comprensible que Pablo se arrojara y orara tan fervientemente por los santos de Éfeso, para que no solo fueran fortalecidos por el Espíritu en cuanto al hombre interior, y para que Cristo habitara en sus corazones por la fe, sino también para que conocieran el amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento, y así fueran llenos de toda la plenitud de Dios.

Solo un verdadero afecto por Cristo puede alejarnos o preservarnos de las influencias del mundo. Nuestros corazones deben estar centrados, satisfechos y controlados por un objeto fuera del yo y de las cosas visibles, para estar preservados de la terrible corriente actual de mundanidad que nos rodea. Una gran inteligencia no puede producir devoción. Podríamos ser una enciclopedia bíblica viviente, haber profundizado en toda la literatura teológica, haber memorizado todos los versículos de la Biblia y ser capaces de explicarlos, ser capaces de definir y resolver con autoridad los puntos más difíciles de una controversia teológica, y podríamos proclamar verdades celestiales y elevadas, y, sin embargo, tener corazones fríos e indiferentes a lo que es correcto para el Señor en el momento presente.

Además, nuestra posición en la Iglesia podría ser irreprochable. Podríamos estar en el terreno correcto, como dicen, pero el Señor podría estar diciéndonos lo que dijo de Éfeso: «Conozco tus obras, tu arduo trabajo y tu paciencia; y que no puedes soportar a los malos; pusiste a prueba a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y

los hallaste mentirosos. Tienes paciencia y has sufrido a causa de mi nombre, y no te has cansado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor» ([Apoc. 2:2-4](#)).

Es un grave error pensar que la devoción en el servicio debe demostrarse con grandes obras. Sin denigrar el servicio, afirmamos que una persona puede ser muy activa en el servicio y, en apariencia, muy enérgica, sin ser verdaderamente devota de Cristo. Saúl pensaba que estaba haciendo un gran servicio al escatimar las mejores ovejas y bueyes para sacrificarlos a Jehová su Dios en Gilgal, pero Samuel le dijo: «Obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros» ([1 Sam. 15:22](#)). Marta es un ejemplo de esto, al igual que la asamblea de Éfeso que mencionamos antes. «Marta estaba atareada con muchos quehaceres», y le dijo al Señor: «¿No te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir?». Evidentemente, ella quería que María dejara su dulce lugar y la ayudara en aquel momento. Pero el Señor dijo: «María ha escogido la buena parte, que no le será quitada» (vean [Lucas 10:40-42](#)). María se sentó a los pies del Señor, aprendiendo sus pensamientos y sabiendo lo que era bueno para ella. Esto es lo que más apreciaba y recomendaba el Señor, y esta es la fuente de todo servicio verdadero y eficaz.

Sin duda, la devoción verdadera y real al Señor resultará en algún servicio. Pero los hombres pueden no valorar tal servicio. Por ejemplo, cuando María de Betania mostró su devoción al Señor trayendo una libra de nardo puro de gran precio, ungió los pies del Señor y los enjugó con sus cabellos, Judas dijo: «¿Por qué no fue vendido este perfume por trescientos denarios, para darlos a los pobres?» ([Juan 12:5](#)). Pensó que la devoción de María era una pérdida de dinero. Sin duda, los hombres apreciaban más lo que los ricos ponían en el tesoro del templo que lo que ponía la viuda pobre. El Señor no pensaba lo mismo: «Lo que es muy estimado entre los hombres, es una abominación ante Dios» ([Lucas 16:15](#)), «Los primeros serán los últimos; y los últimos, los primeros» ([Marcos 10:31](#)).

No hay nada de lo que el Señor sea tan celoso como del amor de nuestro corazón. No nos pide que le amemos sin darnos la razón: su propio amor, insondable e inmutable, del que hemos sido objeto eterno, y que se ha expresado plenamente entregándose por nosotros. Como dice Pablo: «Me amó y sí mismo se dio por mí» ([Gál. 2:20](#)). Y también: «Porque el amor de Cristo nos apremia, llegando a esta conclusión: Que uno murió por todos, entonces todos murieron; y murió por todos, para que los que viven *ya no vivan para sí mismos, sino para el* que por ellos murió y fue resucitado» ([2 Cor. 5:14-15](#)). Del mismo modo, cuando Pablo exhortaba a los corintios a una mayor entrega y a una mayor liberalidad en sus dones, utilizaba la palanca más poderosa para tocar sus corazones, diciendo: «Porque conocéis la gracia de nuestro

Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que por medio de su pobreza vosotros llegaseis a ser ricos» (2 Cor. 8:9).

Nada hay más celoso que el verdadero amor: no tolera rivales. Pero ¡ay! Cuánto nos tiene que aguantar el Señor, pues ¿no ve a menudo un rival en nuestro corazón? La exhortación «Hijitos, guardaos de los ídolos» (1 Jean 5:21), es a menudo olvidada y descuidada. Cualquier cosa que suplante a Cristo en el corazón de un cristiano es un ídolo; debe ser juzgada y desechada.

“Toma nuestros corazones, y que solo estén abiertos para siempre, que a Ti; Como siervos devotos, llevemos El sello del amor para siempre”.

Es muy triste ver el abandono del primer amor y la decadencia de los que una vez dieron un testimonio ardiente y brillante de Cristo. Dios dijo una vez de Israel: «Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua» (Jer. 2:13). En tiempos de Esdras y Nehemías, el profeta Ageo dijo a los cautivos que regresaban, cuya decadencia se hizo patente tan pronto: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad bien sobre vuestros caminos. Sembráis mucho, y recogéis poco; coméis, y no os saciáis; bebéis, y no quedáis satisfechos; os vestís, y no os calentáis; y el que trabaja a jornal recibe su jornal en saco roto. Buscáis mucho, y halláis poco; y encerráis en casa, y yo lo disiparé en un sople. ¿Por qué? dice Jehová de los ejércitos. *Por cuanto mi casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a su propia casa*» (Ageo 1:5-9). ¡Qué decadencia!

Se ha dicho que “la decadencia comienza en la puerta de la habitación” (Mat. 6:6), y eso es muy cierto. Hay que mirar al principio de las cosas. No importa cuán avanzados estemos o cuántas verdades conozcamos, no podemos mantener eso con el poder divino a menos que busquemos estar *a solas* con Dios en nuestra habitación. Nunca olvidaré lo que dijo un siervo de Cristo: “Si nos juzgáramos durante una sola media hora adversa, nunca tendríamos una caída”. Si ese momento desfavorable se debe a que hemos contristado al Espíritu Santo en nuestra conducta y en nuestros caminos, eso es muy cierto. Pero si nos juzgamos a nosotros mismos y acudimos al Señor para confesarle, «*no seríamos juzgados*» (1 Cor. 11:31).

La decadencia del alma es mucho más común de lo que pensamos. ¿Cuántas personas hay que, sin apartarse abiertamente, se apartan en su corazón? Puede que

nunca falten a una reunión, que sean muy correctos y rectos en su conducta, que mantengan una apariencia externa perfecta, pero que muestren poco corazón por Cristo o por sus intereses. La Escritura dice de ellos, «serán hastiados de sus *propios* consejos» (Prov. 1:31) – no el de Cristo o lo que a él le agrada. Podríamos llamar a tales personas cristianos ligeros de corazón, como aquellos de quienes está escrito: «Y él les dio lo que pidieron; mas envió mortandad sobre ellos» (Sal. 106:15). ¡Que el Señor libere a su pueblo de semejante estado!

Quizá no haya estado del alma tan grave para un creyente como la decadencia, que ignora o le es indiferente. Dios dijo de Efraín, que se había extraviado: «Devoraron extraños su fuerza, y él no lo supo; y aun canas le han cubierto, y él no lo supo». Pero piensen en el corazón compasivo de Dios que dice: «¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión» (Oseas 7:9; 11:8).

Qué reconfortante es saber que, aunque el Señor nos permita recoger el fruto de nuestros propios caminos y nos haga sentir amargura por habernos alejado de él, su amor por nosotros nunca cambia: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Juan 13:1). Nada le inducirá jamás a abandonarnos, aunque, en nuestra locura, tengamos la tentación de abandonarle.

Aunque Pedro lo negó, el corazón del Señor no cambió hacia él. Con una mirada que debió de expresar el amor más profundo, el Señor rompió el corazón de Pedro, y luego lo restauró por completo. ¡Qué gracia tan maravillosa!

Que el Señor vincule más estrechamente nuestros corazones a él, donde él está, fuera de este mundo. Que tengamos el mismo espíritu que Rut cuando dijo: «No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos» (Rut 1:16).